

## CAPITULO LXIII.

Asuntos de Francia.--Resultados de las jornadas de las barricadas.--El rey en Chartres.--Agitacion en París.--Progreso de la liga.--Convocacion de los Estados generales en Blois.--Estado de los partidos.--Se abren los Estados.--Aspecto de la asamblea.--El rey.--El duque de Guisa.--Asesinato de éste y de su hermano el cardinal (1).

1588.

LA jornada de las barricadas de que hemos dado cuenta en el capítulo LIX, fué un suceso de importancia en un país, teatro ya de acontecimientos tan particulares. Se veía un rey echado en cierto modo de su capital por súbditos que cedían á voz mas poderosa que la suya. Se veía un pueblo en su inmensa muchedumbre alzado contra su rey por el único motivo de no ser éste tan sincero, tan ardiente católico como ellos mismos. Libre su suelo de este rey de quien se emancipaba, separado de su obediencia, aunque diciéndose todavía su súbdito, natural era que pensase París en organizarse y hacerse fuerte cual las circunstancias requerían. No se descuidó, en efecto, en reforzar el sistema municipal, en dar nuevos poderes á sus magistrados que hasta entonces habian merecido tanto su confianza. Se dividió la capital en distritos municipales y al mismo tiempo en militares, cuyos jefes tenían bajo su disposicion toda la gente armada para conservar la tranquilidad y el orden público. A todos se asignaron los puestos donde debían presentarse en caso de alarma, y no se omitieron precauciones para estar seguros de la lealtad de cuantos cuidaban de las puertas.

(1) Las mismas autoridades que en el capítulo LIX y demas relativo á los asuntos de Francia.

Al mismo tiempo que se adoptaban tantas providencias para obtener una buena organizacion municipal, no se descuidaban los directores de la muchedumbre en tener siempre despierto su entusiasmo religioso, y atizar mas y mas el odio que las animaba contra los enemigos de la fé católica. Se hallaba París, como siempre, en correspondencia con las principales ciudades del reino, donde se contaban mas aliados en la santa liga, y se puede decir que nunca como en aquellos encuentros se mostró tan vasta asociacion mas animosa, mas exigente, mas implacable contra sus antagonistas, entre los que contaba por una parte al partido protestante, y por otra á los del partido medio conciliador, á quien por mal nombre designaban, como sabemos, con el epíteto de político.

Mientras en París y en las principales ciudades de la liga fermentaban tan ardientes sentimientos, permanecía el rey inactivo en Chartres, á donde se habia refugiado desde las jornadas de las barricadas, indeciso aun sobre el partido que debía tomar en una posicion tan nueva y crítica. Echado en cierto modo de París, parecían ya rotos los lazos que le unían, no solo con aquella capital, sino con el vasto partido que sus sentimientos adoptaba. No le quedaba pues á Enrique III otro recurso que echarse en los brazos del partido político, y lo que era peor del hugonote, renunciar á todos sus compromisos con la santa liga y declararse enemigo abierto de sus súbditos católicos, es decir, de los que de católicos celosos y ardientes se preciaban. El partido era extremo y el recurso sobrado peligroso, mas no restaba otro á Enrique III, quien pagaba bien cara la falta de energía y su ceguedad en dejar que se eclipsase su poder por el de un súbdito.

Mas las cosas no llegaron á este extremo. Por todas partes, despues de pasados los primeros instantes de calor, se vió abierto un abismo para los que no tratasen de escuchar la voz de la prudencia. Corría á un abismo

efectivamente el rey, y arriesgaba á lo menos su corona uniéndose con el partido hugonote contra los liguistas que se hallaban en tan inmensa mayoría. Arriesgaban mucho por su parte estos últimos, emancipándose para siempre del rey, que todavía tenía tantos medios por sus alianzas con el gran partido protestante, de envolverlos en mil dificultades. Por fortuna no descansaban los individuos del partido medio en hacer entrar á unos y otros por las vías de negociacion, y la reina madre, tan vigilante á todas horas, no era la menos inactiva en llevar adelante una obra de reconciliacion que á todos parecia indispensable. Comenzaron los de París á sentir deseos de una reconciliacion con el rey y mostrarse en cierto modo pesarosos de su anterior conducta; y no porque cesasen un punto de sus pretensiones, no porque se mostrasen enemigos implacables de sus antagonistas, sino porque temieron que el rey se les fuese y se echase en brazos del partido opuesto. Dió impulsos la reina Catalina á estos nuevos sentimientos. Habiéndose vuelto á París, de donde habia salido con el rey, tuvo mas medios de estudiar el terreno, de sondear los ánimos, de poner en juego todos los resortes de la intriga, que eran en cierto modo su elemento. Por sus insinuaciones escribió la municipalidad de París una carta al rey, mostrándose pesarosa de lo que habia acontecido, haciendo protestaciones de su adhesion no interrumpida hácia el monarca, declarando que jamás hubiese dado un paso atentatorio de su autoridad á no tener justos temores de que se introdujesen en París tropas extranjeras que los despojasen de sus privilegios municipales, y lo que es mas, que obrasen en sentido contrario á los intereses de la religion católica; que no dudaban nunca de los sentimientos que el rey abrigaba en esta parte, mas que se desconfiaba mucho de la buena fé de los mas de sus principales favoritos, que sin duda le daban consejos perniciosos en contra de los compromisos que habia contraido como jefe de la liga; que nada, en fin, deseaban tanto como ver pronto alla-

nadas cuantas dificultades se oponian á que voviesen unos y otros á una buena inteligencia.

Si el rey no dió á esta carta una respuesta del todo satisfactoria, tampoco fué en tér minos que pudiesen cerrar la via de las negociaciones. Animada con esto Catalina, se puso en marcha para Chartres, resuelta á trabajar de nuevo y con toda actividad para que se llevase á efecto cuanto antes una reconciliacion tan deseada. Los intereses de Catalina no la separaban entonces mucho de los de la misma liga. Con tal que se conservase la corona en las sienas de su hijo y ella misma en la influencia que desde tantos años ejercia, extinguiéndose en su persona la raza de Valois por falta de hijos é imposibilidad de tenerlos, poco le importaba que pasase la sucesion á la casa de Guisa quedando excluido el de Navarra. El partido católico le parecia el mas fuerte, y al fin era católica tambien, aunque no muy ardiente ni fanática. Si el duque de Guisa se contentaba con ser el sucesor sin tratar de un destronamiento á viva fuerza, no le causaba repugnancia unirse á dicho personaje, con tal que éste no se propasase á ser mas que el primero de los súbditos. Con esta idea, pues, hizo cuanto pudo por récabar del rey no diese una repulsa á los de París, que le brindaban con su obediencia, sin exigirle mas condiciones que la renovacion de las que habia aceptado en sus primeros compromisos.

No le fué difícil á Catalina mover en su sentido el ánimo del rey, aunque se mostraba irritado por los procederes de los parisienses. No tenia este príncipe, en efecto, ninguna propension al partido calvinista, de cuyos sentimientos religiosos no participaba. Fiel siempre á sus antecedentes, y no hipócrita aún en sus mismas demostraciones de católico celoso, se acordaba de que habia estado siempre en guerra con los hugonotes, y de que en las matanzas de San Bartolomé habia sido uno de los actores principales. Moderó, pues, poco á poco el tono de su resentimiento, á las insinuaciones de la reina madre;

recibió aún sin muestras de abierto desagrado al mismo duque de Guisa, que se atrevió á presentarse en Chartres delante del rey, cuyo poder habia arrostrado; tan débil era Enrique III en las principales circunstancias de su vida pública. Así cuando llegaron los miembros del Parlamento de París que venian á implorar en nombre del pueblo lo que llamaba su perdon, mas siempre bajo condiciones, dió el rey atento oído á cuanto los magistrados le expusieron. Por resultado de todo, despues de varias conferencias cuyos pormenores no son del caso, firmó Enrique III, revestido del gran sello, una especie de carta, en la que renovaba el juramento que habia hecho á su consagracion de vivir en la religion católica, apostólica y romana, de promover su conservacion y adelantamiento, de emplear de buena fé todas sus fuerzas y medios, sin perdonar su propia vida, para estirpar de su reino todos los cismas y heregias condenados por los santos concilios, sobre todo el de Trento, sin hacer nunca paz ni tregua con los hereges, ni expedir edicto alguno en favor suyo. Mandaba el rey en este documento á todos sus súbditos, príncipes y señores de cualquiera condicion que fuesen, se juntasen con él en esta causa, é hiciesen igual juramento de emplear hasta su propia vida en el exterminio de dichos hereges. Juraba y prometia no favorecerlos nunca; y mandaba al mismo tiempo á sus súbditos jurasen y prometiesen desde entonces para siempre, que cuando Dios quisiese disponer de su vida, sin darle sucesion, no prestasen obediencia á príncipe cualquiera que fuese herege ó fautor de la heregia. Prometia el rey igualmente no nombrar para empleos militares y cargos de judicatura ó de hacienda mas que á personas católicas que hiciesen profesion notoria de la religion apostólica y romana, prestándose todos juramento mútuo de defenderse contra las violencias de los hugonotes y sus adherentes.

Tales eran los términos sobre poco mas ó menos de la carta otorgada por el rey en favor de súbditos que ha-

cia pocos dias habian desconocido su autoridad hasta el punto de echarle de los muros de la capital. Y era la tercera vez que Enrique III hacia profesion de fé delante de los que estaban obstinados en hacerle pasar por mal católico. Ademas de esta carta que corrió como documento público, se comprómetió el rey en secreto á echar de su lado al duque de Epernon, que pasaba por su privado, y á nombrar al duque de Guisa teniente general del reino, paso inmenso que aseguraba la omnipotencia de la liga y sancionaba todas las pretensiones del que tantas veces habia tomado las apariencias de rebelde. Mas solo así hubiese salido Enrique III de un mal paso á que le habian llevado su falta de tino y sobre todo su indolencia.

Quedó la santa liga triunfante, si el rey no poco humillado con la nueva carta. Cogió por entonces el duque de Guisa el fruto de tantos años de intrigas y trabajos; y si Catalina era demasiado sagaz para estar del todo satisfecha, se dió por bien servida en haber llevado las cosas á aquel término. Felipe II, á quien el duque de Guisa dió parte del estado de las cosas como hombre contento del buen semblante que tomaban sus negocios, no se mostró tan satisfecho como el príncipe. Vió sin duda este monarca tan sagaz y prévisor, un lazo encubierto en la conducta de Enrique III; y tan lejos estuvo de creer en la sinceridad de sus palabras, que en las cartas á su embajador hizo sérias advertencias sobre lo precavidos que debian de andar de las intrigas de los favoritos del monarca, encargando mucho al duque de Guisa que no se durmiese, ni se fiase de las caricias de la córte. Veia Felipe II desde el fondo del Escorial lo que pasaba en el palacio de Enrique III, mejor que sus mismos cortesanos.

La nueva reconciliacion de Enrique III con los jefes de la liga causó celos, disgustos y murmuraciones en los del partido político, y muchos mas en el bando protestante. Mil folletos, satíricos los unos, los otros en tono de sermon, los mas con nombres anónimos y títulos originales carac-

terísticos de la época, circularon con profusion, manifestando evidentemente el choque en que se hallaban las ideas, las pasiones y los intereses. Ningun partido se mostraba indulgente con su antagonista, empleando cuantos términos podia sujerir el espíritu de la mordacidad licenciosa, tan comun en aquel tiempo. Políticos contra liguistas, liguistas contra católicos y calvinistas, calvinistas contra los que habian jurado su exterminio, era un tiroteo á quema-ropa que cruzaba en todas direcciones. No era á la persona del rey á quien se encaminaban menos golpes, y verdaderamente era la que contaba en todos los partidos con menos simpatías.

Habia sido uno de los artículos del último acto de union la convocacion de los Estados generales, y de cuya asamblea quedaban excluidos los calvinistas segun las últimas estipulaciones entre el rey y los jefes de la liga. Era la mente de estos últimos sancionar sus actos, sus principios de exclusivismo católico por los órganos de toda la nacion, pues contaban con tener mayoría en las elecciones que con este motivo iban á verificarse. En este sentido trabajaron sin cesar, distinguiéndose entre todos el duque de Guisa, cuya poderosa influencia se extendia á todos los ángulos del reino. Correspondieron los resultados á medidas tan activas. Los diputados del tercer estado eran liguistas celosos por la mayor parte. En sus filas estaba alistado casi todo el alto clero: la nobleza, á cuyo frente figuraban los príncipes de la casa de Lorena, les era adicta por la mayor parte. Los Estados generales iban á ser la misma liga, manifestando al público de un modo oficial y solemne lo que hasta entonces no tenia mas carácter que el de una transaccion privada.

Todo preparaba pues el triunfo próximo del partido católico exaltado. Iban á quedar separados solemnemente de toda comunión política los individuos del partido protestante, y privado Enrique de Navarra de la sucesion al trono de la Francia. ¡Cuántos motivos de satisfaccion para la casa de Guisa, para el rey de España, que sin

disfraz la protegía! Dudaba sin embargo Felipe II del buen éxito, temia que se suscitasen disturbios y no hubiese el mejor tino en las deliberaciones de la *Junta*, pues tal nombre daba á los Estados en su correspondencia. Sobre todo recelaba de la mala fé de Enrique III, y veia siempre alguna traicion oculta con el velo de su adhesion á los intereses de la liga de que á todos momentos hacia alarde.

Verificadas las elecciones y reunidos en Blois casi todos los miembros de los Estados generales, se quiso dar principio á las tareas legislativas con una procesion solemne á que asistieron todos ellos separados por brazos ó estamentos. Despues de los miembros de la municipalidad precedida de los maceros, marchaba el estamento popular, ó sea tercer estado, seguian los nobles vestidos con la mayor magnificencia, detrás iban los prelados presididos por el arzobispo de Bourges con el Santísimo en sus manos debajo de pálido, llevado por ocho prelados de su misma clase. Cerraba la marcha el rey, rodeado de los principales señores de su córte. Volvió la procesion en este mismo orden á la catedral de donde habia salido, y concluido el acto pronunció un sermón el arzobispo.

Algunos dias despues, es decir, el 16 de octubre de 1588, se abrieron los Estados generales por el rey en persona, con un discurso en que estaban bien marcados los sentimientos que entonces le afectaban. Sea que su adhesion á la santa liga fuese ó no sincera, era para él de un interés vital el presentarse como su solo y supremo jefe que no necesitaba para marchar en su sentido ni de inspiraciones, ni de influencia ajena. Debía, pues, de irritarle la idea de que el duque de Guisa tratase de ponerse á la par ó aspirase tal vez á ejercer la primacia. Su discurso, pues, en medio de las manifestaciones y demostraciones mas sinceras de su adhesion á los intereses de la santa liga, de sus deseos de que se cimentase mas y mas la union entre los buenos católicos, hizo ver lo mucho que le ofendian la desconfianza de que era objeto su per-